

# Libro de la experiencia

## Ángela de Foligno

Edición de Pablo García Acosta

Siruella



# LIBRO DE LA EXPERIENCIA

*Ángela de Foligno*

Edición y traducción del latín de Pablo García Acosta

Título original: *Memoriale*

En cubierta: *Omne Bonum, ms. Royal 6 E.VI, f.15r*  
(British Library, c. 1360-c. 1375)

En el interior: Detalle de una vidriera. Fotografía de Fr.  
Gerhard Ruf,

OFMConv © Archivo fotografico del Sacro Convento di S.  
Francesco  
in Assisi, Italia

Colección dirigida por Victoria Cirlot

© De la edición, introducción, traducción y notas, Pablo  
García Acosta, 2014

© Ediciones Siruela, S. A., 2004, 2014  
c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20  
Fax: + 34 91 355 22 01

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN DIGITAL: 978-84-16120-20-8

Conversión al formato digital: [caurina.com](http://caurina.com)

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

*para Olga*

Tota vita tua  
et comedere et bibere et dormire et omne tuum  
mihi placet.

*Libro de la experiencia*

## Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria y cita

Introducción

Nota a la presente edición

Libro de la experiencia

Aprobación

Prólogo

Capítulo I. Primeros veinte pasos de la beata Ángela en su vía de penitencia y perfección espiritual

Capítulo II. Explicaciones del hermano escritor sobre la división, motivación y verdad del Libro de la Experiencia

Capítulo III. Primer paso suplementario (continuación del vigésimo)

Capítulo IV. Segundo paso suplementario (o vicesimoprimer)

Capítulo V. Tercer paso suplementario

Capítulo VI. Cuarto paso suplementario

Capítulo VII. Quinto paso suplementario

Capítulo VIII. Sexto paso suplementario

Capítulo IX. Séptimo paso suplementario

Epílogo del hermano escritor que confirma la veracidad de toda la transcripción

El Tránsito

Bibliografía

Notas

## Introducción

### 1. Qué es el *Libro de la experiencia*

... comencé a escribir a la ligera y de manera negligente, casi como unos apuntes que me ayudaran después a recordar [*quasi pro quodam mihi memoriali* ], en una hoja pequeñita, ya que pensaba escribir poco. Sin embargo poco tiempo después de que empezáramos con el dictado le fue revelado a la fiel de Cristo que yo tenía que escribir lo que me decía no en una hoja pequeñita, sino en un gran cuaderno.

El autor de estas líneas es el hermano A.<sup>1</sup>, transcriptor y traductor de las vivencias de una mujer que nosotros nos hemos acostumbrado a nombrar Ángela de Foligno, pero que en su tierra y en su tiempo, el valle de Espoleto en la Umbría de la segunda mitad del siglo XIII, era más conocida como *Lella*, abreviatura de *Angelella*, Angelita<sup>2</sup>. El pasaje explica cómo una serie de notas tomadas a vuela pluma se convierten en la delicada transcripción de un dictado que, día tras día, terminaría conformando el libro que tenemos entre las manos. La función de esta escritura, en principio entendida como mero *aide-mémoire*, da a esta obra su título tradicional de *Memoriale* y la enclava en la necesidad del recuerdo: el recuerdo de la voz de Ángela, que relata en su umbro materno al hermano A., su confesor y pariente, la experiencia de la divinidad que la invade<sup>3</sup>.

La tremenda difusión de este libro a través del tiempo alcanza a las vanguardias del siglo xx y constituye la pieza central de la producción vinculada a Ángela, a la que se suele añadir las *Instrucciones*, una recolección de escritos sapienciales de atribución dudosa<sup>4</sup>. Nosotros aquí, bajo la rúbrica de *El libro de la experiencia*, hemos optado por traducir tan solo el texto del *Memoriale* tomando su título de una tradición plenamente medieval reactivada por Giovanni Pozzi: esta potencia el sentido de las palabras que abren el prólogo –«Vere fidelium experientia probat, perspicit et contrectat...»<sup>5</sup>–, proponiendo que el núcleo del libro es la «historia interior» de Ángela entendida como experiencia narrativizada. En efecto, tal y como relata nuestro texto, ella vivió a la divinidad literalmente y pudo probarla, verla y tocarla en las formas del cuerpo de Cristo<sup>6</sup>. La aparición de este tercer actor –la divinidad encarnada, posiblemente erótica– cierra el reparto de la obra: Dios se comunica con Ángela, ella dicta al hermano A. y este escribe su memoria.

Y es que las palabras de Ángela componen uno de los relatos más complejos y completos de una experiencia mística que nos ha dado la literatura medieval. Fijémonos en que el *Libro* se plantea como una suerte de autobiografía dictada<sup>7</sup> en la que la más absoluta cotidianeidad –Ángela lavando lechugas en su casa, Ángela cuidando a leprosos en un hospital, Ángela con su compañera en el camino– convive con la narración de una verdadera historia de sutiles transformaciones psicológicas expresadas mediante un amplio vocabulario cognitivo: *entendere*, *considerare* o *contemplare* son los verbos que estructuran la trama de nuestra obra y que nos dan la posibilidad de sondear una mente de acuerdo con los parámetros del siglo XIII. Así, el



escrito del hermano A. puede ser visto como una de las primeras codificaciones europeas de una voz femenina que se interpreta y se narrativiza a sí misma, que habla de las mutaciones –el término es propio de la obra– que le ocurren por dentro.

En todo caso, para comprender correctamente cómo se articulan los papeles y las voces del trío Dios-Ángela-hermano A., debemos remitirnos a las escenas del *Libro* en las que se introduce la génesis de este texto y su proceso de creación, fijando así un marco interpretativo que nos permita plantear ciertas cuestiones de importancia. Al principio debemos imaginar una escena nuclear: Ángela y el monje están sentados en un banco de la iglesia de Foligno. Ella es familiar suya: sus hijos, su marido y su madre han muerto y ella ha decidido hacerse terciaria, esto es, hermana laica de la Orden de San Francisco. Para abrazar la pobreza absoluta predicada por el loco de Asís se ha deshecho de casi la totalidad de sus propiedades, quedándose solamente con una casa en la que reside junto a una compañera dedicada a la vida de penitencia, a vivir la pobreza voluntaria, a buscar a Dios.

Antes de comenzar con estas conversaciones en la iglesia había peregrinado a Asís y fue poco después de llegar a la basílica de San Francisco cuando desagradablemente retomó el contacto con el hermano A., entonces monje de aquel convento: este la vio tirada a la entrada del templo ante una vidriera en la que se representaba a Jesús abrazando a Francisco, gritando desgarradamente: «Amor no conocido, y por qué y por qué y por qué»<sup>8</sup>. El hermano A. confiesa que no podía creer lo que veía, que primero se avergonzó y después se llenó de ira, que mandó llamar a los compañeros de peregrinación de Ángela y que les

prohibió que volvieran a acompañar a quien así se estaba comportando en un lugar sagrado. Pasados los días, sin embargo, decide encaminarse a Foligno –algo le habría pasado a Ángela para hacer aquello–, la encuentra y empieza a interrogarla. Lo que ella le revela es tan excesivo que decide comenzar a escribirlo en latín, para no olvidar: Ángela le dice que durante su peregrinación a Asís entró en comunicación directa con Dios, que este le había hablado y que le había abandonado al entrar por segunda vez en la basílica. Y que por eso había gritado.

Esta imagen de Ángela susurrando durante días al fraile es central en la construcción de nuestro imaginario alrededor del *Libro* pues, como decimos, que la voz de una mujer constituya su médula es básico: hace ya unos años Jaques Dalarun amasó cierta fama al poner en duda la existencia histórica de Ángela, afirmando que todo podía deberse a una construcción literaria, ya que no existía un solo documento que probase que en el Foligno bajomedieval viviera una viuda en olor de santidad que fuese considerada por sus contemporáneos como maestra de teólogos<sup>9</sup>. Actualmente, gracias a los estudiosos que llevan generaciones agotando los archivos locales en busca de documentos que enlacen a la Ángela de nuestro texto con la existencia *real* –entendiendo por esto *histórica*–, los resultados existen<sup>10</sup>. En todo caso, a la discutible escasez de documentos que sigue alimentando a los escépticos debemos sumarle, por supuesto, la ambigüedad interpretativa que implica la mayoría de textos medievales, en los que la diferenciación de los planos simbólico e histórico queda desdibujada<sup>11</sup>.

En nuestro texto el primero de estos elementos es, sin duda, el propio nombre de la protagonista, que casi con seguridad no obedece tanto a un primer bautizo católico

como a uno posterior franciscano. En la imagen del mundo medieval el ángel alude a los seres que en la jerarquía de la creación se encuentran más cercanos a Dios: es el ser al que se le permite contemplarlo, laudarlo y entenderlo durante toda la eternidad<sup>12</sup>. En este sentido, Ángela hace referencia a la mujer seráfica, al humano que es traspasado por el entedimiento-amor divino y que puede comunicarlo a los demás fieles. De ahí proviene su magisterio, que vemos realizarse en ciertos momentos del *Libro* cuando, por ejemplo, el hermano A. acude a ella para que resuelva delicadas cuestiones de teología tradicionalmente reservadas a los clérigos<sup>13</sup>. Por otro lado, a diferencia de los ángeles, la *folignate* posee un cuerpo: sus visiones, sus revelaciones y sus alocuciones revisten un carácter somático y, como veremos más adelante, la vía de perfeccionamiento espiritual que compone su libro culmina en una cierta indiferenciación entre ella y la divinidad. El concepto que subyace tras esta transformación suprema que iguala su voluntad con la de Dios es el de *theosis* o divinización: delicada doctrina proveniente de las teologías orientales que en ocasiones similares acabó en acusación y condena por herejía<sup>14</sup>. En todo caso, como mujer-ángel, Ángela se considera no solo esposa de Cristo, sino mujer-Cristo, en el sentido de que la divinidad que habita su alma se ha adueñado de su voluntad entera.

Este es solo un ejemplo de un aspecto interpretativo que siempre debemos tener en cuenta al leer nuestro relato, que está construido –por Ángela, por el hermano A.– para ser recibido por personas que puedan comprenderlo a varios niveles. Los momentos clave son múltiples y los comentaremos en las notas, pero por ahora a modo de ejemplo interroguémonos sobre lo siguiente: cuando Ángela ha-

bla del consuelo que sintió ante la muerte de su familia, ¿hasta qué punto no está traduciendo a términos vitales las palabras evangélicas de Mateo 10, 37-39, donde se entiende la renuncia a la familia de sangre como la adopción de la nueva comunidad de Jesús? O también, por ejemplo, cuando se desviste en la iglesia y camina desnuda hacia la cruz en la que pende el Cristo crucificado: ¿hasta qué punto quiere dar cuenta de un hecho histórico frente a una representación del adagio franciscano «nudus nudum Christum in cruce sequi», expresando así el compromiso de pobreza ante el Hijo o la consumación de un ritual esponsal?

<sup>15</sup> Los actos narrados en el libro de Ángela solo toman su sentido histórico cuando los colocamos en el contexto adecuado y este, en muchas ocasiones, además de literal es simbólico.

En el siguiente apartado trazaremos, pues, un marco previo que nos permita acceder a los rasgos sociorreligiosos de este texto: acudamos al lugar en el que eclosionó la primera generación franciscana tras la muerte del juglar de Dios.

## 2. Los movimientos apostólicos en la Umbría sagrada

Tres de los manuscritos más antiguos del *Libro* están encabezados por un paratexto, la «Testificatio» o «Aprobatio», que ha permitido deducir ciertas fechas clave sobre su composición, así como especular a qué tipo de ambientes podía estar vinculado. El inicio del texto de la Aprobación comienza así <sup>16</sup>:

Quien tenga la ocasión de leer o ver estas palabras que por mí, indigno hermano menor, fueron recogidas de manera diligente y cuidadosa tal y como las dictó la sierva de Cristo, debe saber que ya han sido leídas y examinadas por el señor diácono cardenal Giacomo de la Colonna antes de sus desavenencias con el Sumo Pontífice [*antequam cum Summo Pontifice in scandalum incideret*] y por ocho famosos lectores.

La mención de este desencuentro del cardenal Colonna con el Papa nos permite fijar una fecha de circulación del texto muy determinada: el sonado *affaire* Colonna, en el que el noble promovió la formación de un Concilio General con el que pretendía invalidar la elección de Bonifacio VIII. Los movimientos de esta intriga política tienen como punto de inflexión la publicación el 10 de mayo de 1297 de la bula papal *In excelso throno*, donde se excomulga al cardenal. El *Libro*, pues, habría sido escrito antes de esta fecha. Por otro lado, la mención de Colonna coloca la obra de Ángela –además de en una posición algo ambigua frente a lo que pretende «legalizar»– en medio de una red de influencias que la conectan de forma bastante directa con los denominados franciscanos espirituales<sup>17</sup>. Para entender qué incidencia tuvo el franciscanismo en la vida y escritos de Ángela y quiénes eran estos *spirituali*, debemos acercarnos a los llamados movimientos de religiosidad laica de la Baja Edad Media<sup>18</sup>.

A mediados del siglo XIII nos encontramos en plena efusión del primer franciscanismo. El movimiento fundado por Francisco de Asís condensa los ideales religiosos que un gran número de fieles llevaba décadas, directa o indirecta-

mente, reclamando a la iglesia institucional. Estos pretendían un retorno a la denominada *vita apostolica*, los modos de vida predicados por Jesucristo en los Evangelios y practicados por su grupo original de seguidores en los primeros años de expansión: a nadie se le escapaba que ciertas conductas que allí se promovían –en particular la práctica de la pobreza voluntaria, el despojamiento de todo lo terrenal en la búsqueda de Dios– chocaban con la realidad institucional del momento<sup>19</sup>. En este sentido, la vida apostólica condensa varios ideales, prácticas religiosas y modelos de vida común en torno a los cuales pivotan una serie de movimientos absolutamente revolucionarios que tuvieron un seguimiento masivo por toda Europa. Jacques de Vitry, viajero contemporáneo al *boom* mendicante y evidente admirador del fenómeno, describe así en su *Historia orientalis* a los hermanos que ve en los países mediterráneos<sup>20</sup>:

Procuran con toda diligencia reproducir en su vida la religión, la pobreza y la humildad de la primitiva Iglesia, sorbiendo con sed y ardor espiritual las aguas puras de la fuente evangélica, que, por imitar más de cerca la vida apostólica, se empeñan por todos los medios en cumplir [...]. El señor Papa les ha confirmado la Regla y les ha concedido poder predicar en todas las iglesias a las que llegan, después de obtenido por deferencia el consentimiento del prelado local. Son enviados a predicar de dos en dos, como precursores de la paz del Señor y de su segunda venida. Estos pobres de Cristo no llevan ni bolsa para el camino, ni alforjas, ni pan ni dinero en sus cintos. A ningún hermano de esta orden le está permitido poseer nada...

Desde un punto de vista amplio podríamos afirmar que el franciscanismo no es otra cosa que la encarnación sudeuropea, orgánica y jerárquicamente aceptada, de una serie de ideales de vida que ya se estaban poniendo en práctica en Occidente al menos desde el siglo XII. Muchos han sido los estudiosos que han señalado que la absorción de la Orden de los Hermanos Menores por parte del papado –así como la de las demás órdenes mendicantes aceptadas como tales antes del IV Concilio de Letrán (1215)– fue una manera de dominar fuerzas vivas informadas por ideas que, en el fondo, atacaban de manera frontal el edificio eclesial<sup>21</sup>. La aprobación de la Regla a la que alude arriba Jacques de Vitry, junto a la oficialización de una *vida* del fundador de la orden que no diera lugar a equívocos sobre lo que se debían considerar prácticas aceptables, son dos intentos de dominar un movimiento potencialmente peligroso, abierto a la herejía, y de darle una salida bajo el control eclesial a las ansias penitenciales.

En efecto, en el siglo XIII la denominada cuestión franciscana estaba lejos de aclararse, pues dentro de la misma orden existían diversas facciones que pretendían una lectura del mensaje de su fundador más verdadera que las otras. En la Umbría de Ángela, en particular, se libraba la batalla entre los franciscanos denominados espirituales (o *zelanti*) y aquellos conventuales (o *relaxati*)<sup>22</sup>. Los primeros, con líderes tan localizados como Ángelo Clareno (c. 1255-1337) o Ubertino da Casale (1259-c. 1338), pretendían un apego extremo al mensaje de Francisco promulgado en la Regla y en su Testamento, que fusionaban con los escritos profético-apocalípticos del hereje Gioacchino da Fiore (c.1130-1202), en cuya visión de las tres etapas de la historia (aque-